EL SISTEMA INTERNACIONAL EN LA ERA DE LA FRAGMENTACIÓN ESTRATÉGICA

Competencia entre grandes potencias, erosión multilateral y securitización de la economía global

RESUMEN

El presente artículo analiza la transición del sistema internacional contemporáneo desde una perspectiva neorrealista complementada por enfoques de geoeconomía e interdependencia compleja. Se sostiene que el orden global no avanza hacia un equilibrio multipolar estable, sino hacia una fase de fragmentación estratégica caracterizada por la erosión de las instituciones multilaterales, la securitización de la economía —la conversión de intercambios económicos en instrumentos de presión de seguridad— y la reconfiguración de alianzas hacia geometrías variables. A través del análisis de estas tres dimensiones, el artículo argumenta que el poder se dispersa en múltiples niveles de rivalidad superpuesta, la cooperación se vuelve situacional y el orden internacional se transforma en un campo de cálculo estratégico permanente. Las conclusiones proyectan las implicaciones de esta transición para la gobernanza global y la política exterior de los Estados.

I. INTRODUCCIÓN

El sistema internacional atraviesa una de sus transformaciones estructurales más profundas desde el fin de la Guerra Fría. Lejos de consolidarse un nuevo equilibrio o una arquitectura de poder reconocible, el orden global exhibe señales crecientes de fragmentación: instituciones multilaterales erosionadas por la desconfianza entre grandes potencias, cadenas de valor convertidas en armas de presión geopolítica y alianzas que se reconfiguran con una fluidez sin precedentes en la historia del siglo XXI. La pregunta que organiza el presente artículo no es si el sistema está cambiando —eso resulta incontrovertible— sino hacia qué tipo de configuración estructural se dirige y qué lógicas de poder gobiernan ese tránsito.

La tesis central de este trabajo sostiene que el sistema internacional contemporáneo no avanza hacia un nuevo equilibrio estable, sino hacia una fase de fragmentación estratégica donde la

competencia entre grandes potencias, la erosión de las instituciones multilaterales y la creciente securitización de la economía —es decir, la conversión de intercambios económicos en instrumentos de presión de seguridad— redefinen las reglas del orden global. Desde una lectura neorrealista complementada por enfoques de geoeconomía y teoría de la interdependencia compleja, esta dinámica sugiere que el poder ya no se concentra en estructuras hegemónicas, sino que se dispersa en múltiples niveles de rivalidad superpuesta. Lejos de ser un tránsito lineal hacia la multipolaridad —un sistema con varios polos claramente jerarquizados— el sistema actual expresa una transición incierta donde la cooperación se vuelve situacional y la competencia, estructural.

El argumento se desarrolla en cuatro etapas. En primer lugar, se establece el marco teórico que permite leer la fragmentación estratégica como fenómeno sistémico y no meramente coyuntural. En segundo lugar, se analiza la erosión del multilateralismo como eje institucional del orden liberal. En tercer lugar, se examina la securitización de la economía global como mecanismo de rivalidad entre grandes potencias. En cuarto lugar, se aborda la reconfiguración de las alianzas y la emergencia de lo que aquí se denomina geometría variable de la cooperación internacional. Las conclusiones ofrecen una proyección estratégica sobre las implicaciones de esta transición para la gobernanza global y la política exterior de los Estados.

II. FUNDAMENTACIÒN

Neorrealismo, geoeconomía e interdependencia compleja

Comprender la fragmentación estratégica como fenómeno sistémico requiere articular un marco teórico capaz de capturar simultáneamente las dinámicas de poder entre Estados, la relevancia de las instituciones internacionales y la dimensión económica de la competencia geopolítica. Para ello, el presente artículo combina tres tradiciones analíticas complementarias: el neorrealismo estructural, la teoría de la interdependencia compleja y el enfoque geoeconómico.

Kenneth Waltz (1979), en su obra fundacional Theory of International Politics, establece que el comportamiento de los Estados no puede explicarse por sus atributos internos, sino por la estructura anárquica del sistema internacional. En ausencia de una autoridad supranacional capaz de hacer cumplir normas, los Estados buscan ante todo garantizar su supervivencia, lo que genera ciclos recurrentes de equilibrio de poder (balance of power). Desde esta perspectiva, la fragmentación estratégica no representa una anomalía, sino la expresión renovada de la lógica anárquica en un contexto de transición hegemónica: cuando la potencia dominante pierde capacidad de ordenar el

sistema, los actores secundarios multiplican sus estrategias de posicionamiento, produciendo inestabilidad estructural.

John Mearsheimer (2001), desde el neorrealismo ofensivo, radicaliza este argumento al sostener que las grandes potencias nunca se satisfacen con el statu quo: siempre buscan maximizar su cuota relativa de poder. La hegemonía regional se convierte así en el objetivo estratégico racional de potencias como China, que aspira a dominar el Indo-Pacífico del mismo modo que Estados Unidos domina el hemisferio occidental. Esta lógica convierte la rivalidad sino-estadounidense en estructural —inscrita en la geometría del sistema— y no meramente en producto de errores de percepción o diferencias ideológicas.

Sin embargo, el neorrealismo clásico resulta insuficiente para capturar la dimensión institucional y económica del orden contemporáneo. Robert Keohane y Joseph Nye (1977), en Power and Interdependence, introdujeron el concepto de interdependencia compleja para describir un mundo donde los vínculos transnacionales —económicos, financieros, tecnológicos— crean tanto oportunidades de cooperación como vulnerabilidades estratégicas. La interdependencia no elimina el conflicto, pero lo transforma: los Estados utilizan los lazos de dependencia mutua como palancas de coerción, un fenómeno que Henry Farrell y Abraham Newman (2019) han conceptualizado recientemente como weaponized interdependence o interdependencia armada. Según estos autores, los actores que controlan nodos centrales de redes globales —sistemas de pagos, plataformas tecnológicas, cadenas de suministro críticas— pueden convertir esa posición nodal en instrumento de presión geopolítica.

Robert Gilpin (1981), por su parte, ofrece en War and Change in World Politics una teoría de la transición hegemónica que resulta particularmente pertinente para el momento actual. Gilpin argumenta que el orden internacional es sostenido por la potencia hegemónica que lo fundó —en este caso, Estados Unidos tras 1945— y que cuando esa potencia entra en declive relativo, el sistema pierde sus mecanismos de estabilización. El resultado no es necesariamente la guerra, pero sí un período de ambigüedad normativa donde las reglas del juego se vuelven contestadas y los actores revisjonistas aprovechan la incertidumbre para avanzar sus intereses. Este marco explica por qué la erosión de las instituciones multilaterales no es accidental, sino funcional a la estrategia de potencias que buscan un orden diferente.

Finalmente, la categoría de geoeconomía —sistematizada por Edward Luttwak (1990) y retomada más recientemente por autores como Mark Leonard (2016) y Blackwill y Harris (2016)— permite articular la dimensión económica de la competencia estratégica. La geoeconomía designa el

uso de instrumentos económicos —sanciones, aranceles, inversión, acceso a tecnología— para alcanzar objetivos de política exterior que en otras épocas se perseguían mediante medios militares. En el sistema actual, la geoeconomía no reemplaza la geopolítica, sino que se superpone a ella, creando un campo de competencia donde la línea entre economía y seguridad se vuelve sistemáticamente borrosa. Esta fusión conceptual es precisamente lo que la noción de securitización de la economía —término acuñado en la Escuela de Copenhague por Buzan, Wæver y De Wilde (1998)— busca capturar: el proceso mediante el cual asuntos que antes pertenecían a la esfera económica son re-encuadrados como amenazas a la seguridad nacional, justificando respuestas de emergencia y la suspensión de las reglas ordinarias del comercio internacional.

La combinación de estos marcos teóricos permite construir un modelo analítico en tres niveles: el nivel sistémico (estructura anárquica y transición de poder), el nivel institucional (erosión del multilateralismo) y el nivel funcional (securitización de la economía y reconfiguración de alianzas). Cada uno de estos niveles será objeto de análisis en las secciones siguientes.

III. LA EROSIÓN DEL MULTILATERALISMO COMO EJE INSTITUCIONAL

De la cooperación estructurada al bloqueo sistémico

El multilateralismo —entendido como el principio de coordinación de políticas entre tres o más Estados sobre la base de principios generalizados de conducta (Ruggie, 1992)— constituyó el eje organizador del orden liberal de posguerra. Las instituciones creadas en Bretton Woods (1944), la Carta de las Naciones Unidas (1945) y los acuerdos que eventualmente derivaron en la Organización Mundial del Comercio (1995) reflejaban la convicción de que la cooperación institucionalizada podía moderar la anarquía internacional y producir beneficios colectivos. Esa arquitectura, sin embargo, exhibe hoy señales inequívocas de deterioro estructural.

El debilitamiento del multilateralismo no obedece a una sola causa, sino a la convergencia de al menos tres dinámicas sistémicas. La primera es la erosión de la hegemonía estadounidense como sustento del orden liberal. Como señaló Gilpin (1981), los órdenes internacionales son bienes públicos que la potencia hegemónica financia porque reflejan sus intereses. Cuando esa potencia percibe que el orden que fundó beneficia desproporcionadamente a sus rivales —particularmente China, cuyo ascenso se produjo en gran medida dentro del sistema de comercio multilateral— comienza a cuestionar su compromiso con las instituciones que lo sostienen. La retirada estadounidense de acuerdos multilaterales en la segunda mitad de la década de 2010 —el Acuerdo de París sobre cambio

climático, el Acuerdo Transpacífico de Cooperación Económica, la UNESCO— así como la parálisis del órgano de apelación de la OMC, son expresiones empíricas de este fenómeno.

La segunda dinámica es la emergencia de potencias revisionistas que cuestionan los fundamentos normativos del orden liberal sin ofrecer un proyecto alternativo universalmente aceptable. China y Rusia comparten el rechazo a la condicionalidad democrática y a los mecanismos de rendición de cuentas en derechos humanos, pero divergen en sus modelos de gobernanza doméstica y en sus prioridades geopolíticas. Esta heterogeneidad de los actores revisionistas impide la consolidación de un bloque coherente capaz de reemplazar el multilateralismo liberal, pero es suficiente para bloquearlo. El Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas —donde Rusia y China ejercen poder de veto— ha visto paralizadas respuestas colectivas ante conflictos de alto impacto, desde Siria hasta Ucrania y Myanmar. La institución sigue existiendo, pero su eficacia normativa se ha contraído significativamente.

La tercera dinámica es la proliferación de foros e instituciones alternativas que fragmentan el espacio multilateral. El Grupo de los Veinte (G20), la Organización de Cooperación de Shanghái (OCS), el Banco Asiático de Inversión en Infraestructura (BAII) y la Iniciativa de la Franja y la Ruta (BRI) representan arquitecturas paralelas que no reemplazan las instituciones de Bretton Woods, pero sí compiten con ellas en términos de legitimidad y recursos. Este fenómeno, que algunos analistas han denominado competitive multilateralism (Morse y Keohane, 2014), produce un paisaje institucional fragmentado donde coexisten múltiples marcos normativos incompatibles. El resultado no es la ausencia de instituciones, sino su proliferación disfuncional: un sistema donde ninguna institución tiene autoridad suficiente para establecer reglas vinculantes universalmente aceptadas.

Esta erosión institucional tiene consecuencias directas para la gobernanza de bienes públicos globales. El cambio climático, las pandemias, la regulación de la inteligencia artificial y la gobernanza del ciberespacio son problemas que requieren coordinación multilateral sostenida. La fragmentación estratégica los convierte en campos adicionales de competencia geopolítica, agravando la brecha entre la escala de los desafíos y la capacidad de respuesta colectiva. En este sentido, la erosión del multilateralismo no es solo un problema de gobernanza, sino un multiplicador de riesgo sistémico.

IV. LA SECURITIZACIÓN DE LA ECONOMÍA GLOBAL

Interdependencia armada y desacoplamiento selectivo

Si la erosión del multilateralismo representa la dimensión institucional de la fragmentación estratégica, la securitización de la economía global constituye su dimensión funcional más visible. El

término securitización —introducido por Buzan, Wæver y De Wilde (1998) en el marco de la Escuela de Copenhague— designa el proceso discursivo y político mediante el cual un asunto es presentado como amenaza existencial que justifica medidas de emergencia más allá de las reglas ordinarias. Aplicado a la economía, el concepto captura la transformación de relaciones comerciales, cadenas de suministro y flujos de inversión en instrumentos de la competencia de seguridad.

La interdependencia armada (weaponized interdependence) descrita por Farrell y Newman (2019) ofrece el mecanismo preciso de esta transformación. Los autores observan que las redes globales de comercio y finanzas no son simétricas: algunas economías y algunas empresas ocupan posiciones nodales que les otorgan capacidad de supervisión (panoptical power) y capacidad de exclusión (chokepoint power). Estados Unidos ha utilizado sistemáticamente su control sobre el sistema SWIFT de pagos interbancarios, el dólar como moneda de reserva y el ecosistema tecnológico de Silicon Valley para imponer sanciones con efectos extraterritoriales. Las sanciones contra Irán, Rusia —escaladas drásticamente tras la invasión de Ucrania en 2022— y entidades chinas como Huawei ilustran cómo los instrumentos financieros y tecnológicos se convierten en armas de presión geopolítica.

China, por su parte, ha respondido con una estrategia dual: por un lado, desarrollando arquitecturas alternativas —el sistema de pagos CIPS, la internacionalización del renminbi, la red de semiconductores doméstica— para reducir su vulnerabilidad a los nodos controlados por Occidente; por otro, utilizando su propio peso económico como palanca de coerción, particularmente sobre economías dependientes de sus mercados o de su financiamiento en infraestructura. Las presiones económicas sobre Australia tras sus llamados a una investigación internacional sobre los orígenes de la pandemia de COVID-19, o sobre Lituania tras su decisión de permitir una oficina de representación taiwanesa en Vilna, son ejemplos empíricos de este patrón.

La securitización de la economía tiene también una dimensión tecnológica que merece atención específica. La competencia por el control de tecnologías críticas —semiconductores, inteligencia artificial, computación cuántica, redes 5G— ha adquirido una centralidad sin precedentes en la estrategia de las grandes potencias. La Ley CHIPS y Ciencia aprobada por Estados Unidos en 2022, que destina 52.700 millones de dólares a subsidiar la producción doméstica de semiconductores y restringe la transferencia de tecnología avanzada a China (CHIPS and Science Act, 2022), es quizás el ejemplo más claro de esta tendencia: una política industrial masiva justificada explícitamente en términos de seguridad nacional y rivalidad estratégica. La tecnología ha dejado de ser un dominio regulado por normas comerciales multilaterales para convertirse en un campo de competencia geopolítica directa.

El concepto de friend-shoring —relocalización de cadenas de suministro hacia países aliados— emerge en este contexto como respuesta a la vulnerabilidad revelada por la pandemia y acelerada por la rivalidad sino-estadounidense. Economías como Taiwan, Corea del Sur, India, México y Vietnam adquieren relevancia estratégica no solo por su peso económico, sino por su posición en las cadenas de suministro de semiconductores, vehículos eléctricos y componentes críticos. Esta reconfiguración productiva reproduce en el espacio económico la lógica de bloques que caracterizó la Guerra Fría, aunque con mayor fluidez y sin la claridad ideológica que distinguía entonces a los dos campos.

El resultado agregado de estos procesos es un sistema económico internacional progresivamente bifurcado: no todavía dividido en dos bloques herméticos, pero sí sometido a presiones crecientes de desacoplamiento selectivo (decoupling) en sectores considerados estratégicamente sensibles. Esta bifurcación no elimina la interdependencia global —que sigue siendo profunda en muchos sectores— pero introduce lógicas de seguridad que distorsionan la asignación eficiente de recursos e incrementan los costos de coordinación. En términos sistémicos, la economía global se convierte en un campo adicional de la competencia estructural entre grandes potencias.

V. RECONFIGURACIÓN DE ALIANZAS Y GEOMETRÍA VARIABLE

Autonomía estratégica y cooperación situacional

La tercera dimensión de la fragmentación estratégica se expresa en la reconfiguración de las alianzas y asociaciones internacionales. El sistema de alianzas heredado de la Guerra Fría —centrado en la OTAN como eje de la seguridad euro-atlántica y en los tratados bilaterales de defensa de Estados Unidos en el Indo-Pacífico— ha mostrado una notable resiliencia institucional. Sin embargo, su funcionamiento interno y su lógica de expansión exhiben transformaciones significativas que apuntan hacia lo que en este artículo se denomina geometría variable de la cooperación internacional: un modelo donde los Estados participan en múltiples arreglos superpuestos, con distinto grado de compromiso y sin lealtades exclusivas.

La invasión rusa de Ucrania en febrero de 2022 produjo el efecto paradójico de revitalizar la cohesión transatlántica al tiempo que revelaba sus límites. La OTAN amplió su perímetro con la adhesión de Finlandia (2023) y Suecia (2024) —naciones históricamente neutrales que interpretaron la agresión rusa como un cambio estructural en el entorno de seguridad europeo— y los miembros europeos incrementaron sus presupuestos de defensa a un ritmo sin precedentes desde la posguerra fría. Sin embargo, la sostenibilidad de este compromiso depende en parte de la estabilidad política interna de sus miembros más influyentes, y las tensiones sobre el nivel de apoyo a Ucrania ilustran

que la cohesión aliada tiene límites políticos domésticos que la arquitectura institucional no puede suprimir.

En el Indo-Pacífico, la respuesta al ascenso de China ha adoptado una forma diferente: la proliferación de formatos minilaterales —coaliciones de pocos miembros con objetivos específicos— que complementan, sin reemplazar, las alianzas bilaterales tradicionales. El Diálogo de Seguridad Cuadrilateral (QUAD), que agrupa a Estados Unidos, Japón, India y Australia, y la alianza AUKUS entre Australia, Reino Unido y Estados Unidos para el desarrollo de submarinos de propulsión nuclear, son expresiones de esta arquitectura flexible. A diferencia de la OTAN, estos formatos no implican compromisos de defensa colectiva automáticos, sino marcos de cooperación funcional en áreas específicas: tecnología, inteligencia, suministro marítimo. Esta flexibilidad es una fortaleza en términos de adaptabilidad, pero también una fuente de ambigüedad estratégica que puede limitar su capacidad disuasoria.

La conducta de las potencias medias y emergentes en este entorno añade una capa adicional de complejidad. India ofrece quizás el ejemplo más ilustrativo de la geometría variable contemporánea: participa en el QUAD como parte de la arquitectura de contención de China en el Indo-Pacífico, mantiene relaciones de defensa históricas con Rusia —adquiriendo material militar ruso incluso después de la invasión de Ucrania— y se abstiene sistemáticamente en las votaciones de la Asamblea General relacionadas con el conflicto ucraniano. Esta conducta no refleja incoherencia, sino una estrategia deliberada de autonomía estratégica (strategic autonomy) que busca maximizar el margen de maniobra en un sistema donde alinearse exclusivamente con un bloque implicaría costos inaceptables. Arabia Saudita, Turquía, Brasil, Indonesia y Vietnam exhiben patrones similares, lo que sugiere que la geometría variable no es una excepción, sino la norma emergente para una clase significativa de actores del sistema.

Este fenómeno está directamente vinculado a lo que algunos analistas han denominado el retorno de la no alineación (non-alignment 2.0): no la no-alineación de la Guerra Fría, que buscaba neutralidad en la competencia ideológica, sino una postura más sofisticada que combina compromisos específicos con múltiples actores sin aceptar lealtades exclusivas. La diferencia es relevante: mientras la no-alineación clásica era fundamentalmente defensiva —evitar ser arrastrado a conflictos ajenos— la autonomía estratégica contemporánea es proactiva, buscando aprovechar la rivalidad entre grandes potencias para extraer concesiones económicas y tecnológicas de todos los campos simultáneamente.

La reconfiguración de alianzas tiene también una dimensión normativa que no debe subestimarse. La narrativa de la democracia versus el autoritarismo —promovida activamente por la administración Biden como marco para organizar las coaliciones occidentales— ha encontrado resistencia significativa en el Sur Global, donde muchos gobiernos perciben ese encuadramiento como una instrumentalización de valores liberales al servicio de intereses geopolíticos específicos. Esta resistencia normativa alimenta la fragmentación, porque dificulta la construcción de coaliciones amplias basadas en principios compartidos y obliga a cada potencia a recurrir a incentivos materiales —acceso a mercados, financiamiento, tecnología— para sostener sus relaciones con terceros países. En este sentido, la fragmentación estratégica no es solo una realidad del poder, sino también una crisis de legitimidad del orden internacional.

VI. CONCLUSIONES

Fragmentación gestionada y gramática del poder

El análisis desarrollado en las secciones precedentes permite responder con precisión a la tesis planteada en la introducción: el sistema internacional contemporáneo no avanza hacia un nuevo equilibrio estable, ni hacia una multipolaridad ordenada en la que varias grandes potencias comparten reglas del juego reconocidas mutuamente. Lo que emerge, en cambio, es una fase de fragmentación estratégica caracterizada por tres rasgos estructurales que se refuerzan mutuamente: la erosión del multilateralismo como mecanismo de coordinación, la securitización de la economía como campo de rivalidad y la reconfiguración de alianzas hacia geometrías variables que maximizan la autonomía de los actores a costa de la previsibilidad sistémica.

Desde la perspectiva neorrealista, esta configuración es coherente con las predicciones de Waltz y Mearsheimer sobre el comportamiento de los Estados en períodos de transición hegemónica: cuando la jerarquía de poder se vuelve incierta, los Estados multiplican sus estrategias de equilibrio y reducen sus compromisos institucionales. La diferencia con las transiciones históricas anteriores radica en la densidad de la interdependencia contemporánea: la rivalidad ocurre en un sistema donde las economías de las grandes potencias están profundamente interconectadas, lo que hace el desacoplamiento costoso y gradual. Esta paradoja —rivalidad intensa en un sistema de alta interdependencia— es precisamente lo que distingue la fragmentación estratégica de la bipolaridad clásica y lo que la convierte en una categoría analítica propia.

Las implicaciones de esta transición para la gobernanza global son severas. Los bienes públicos globales —estabilización climática, salud pública, regulación de la inteligencia artificial, no

proliferación nuclear— requieren coordinación sostenida entre los actores con mayor capacidad de acción. En un sistema fragmentado, esa coordinación se vuelve situacional: posible cuando los intereses convergen coyunturalmente, imposible cuando la lógica competitiva prevalece. El resultado previsible es una brecha creciente entre la magnitud de los desafíos globales y la capacidad de respuesta colectiva, una forma de déficit de gobernanza que no produce colapso inmediato pero acumula riesgos sistémicos de largo plazo.

Desde una perspectiva estratégica, la fragmentación plantea dilemas específicos para distintos tipos de actores. Para las grandes potencias —Estados Unidos, China, la Unión Europea, en menor medida Rusia— el desafío central es gestionar la competencia sin precipitar conflictos que superarían los beneficios esperados de la rivalidad. La historia sugiere que las transiciones hegemónicas son períodos de riesgo elevado, pero no de guerra inevitable: la trampa de Tucídides (Allison, 2017) describe una tendencia estadística, no una ley determinista. Para las potencias medias, la fragmentación abre espacios de autonomía estratégica que deben gestionarse con cuidado: el margen de maniobra que ofrece la geometría variable tiene un límite cuando la presión de los grandes actores para elegir campo se intensifica, como la crisis ucraniana ha demostrado para muchos países de Europa del Este y Asia Central.

Para los actores del Sur Global, la fragmentación representa simultáneamente una oportunidad y un riesgo. La oportunidad reside en la posibilidad de extraer concesiones de potencias rivales que compiten por su alineación. El riesgo, en convertirse en campo de disputa de intereses ajenos sin capacidad de definir los términos del conflicto. La condición para aprovechar la primera sin sufrir el segundo es una estrategia coherente de autonomía, capacidad estatal sólida y diversificación de vínculos que ningún actor puede desarrollar en aislamiento.

En términos de proyección estratégica, el horizonte más probable no es el de un nuevo orden consolidado —ni hegemónico ni multipolar— sino el de una fragmentación gestionada: un sistema donde coexisten zonas de cooperación funcional —el comercio en algunos sectores, la salud pública en ciertos regímenes, el control de armamentos en algunos subsistemas— con zonas de competencia abierta en tecnología, energía, espacio e influencia en el Sur Global. Este escenario no es estable en el sentido clásico, pero puede ser relativamente duradero si las grandes potencias internalizan que la fragmentación total —un desacoplamiento completo, una guerra sistémica— impondría costos que ninguna podría absorber. La racionalidad del cálculo estratégico, en este sentido, es el único mecanismo de moderación disponible en ausencia de instituciones eficaces.

El orden internacional, en definitiva, ha dejado de ser un marco regulador con pretensión de universalidad para convertirse en un campo fragmentado de cálculo estratégico permanente. Reconocer esta realidad no equivale a aceptarla como deseable, sino a partir de ella como condición de posibilidad para cualquier política exterior que aspire a ser eficaz. En un sistema donde las reglas son contestadas, la capacidad de generar coaliciones situacionales, de securitizar selectivamente y de proyectar credibilidad sin compromisos rígidos se convierte en el recurso escaso más valioso. Es en ese sentido que la fragmentación estratégica no es solo un diagnóstico del presente, sino una gramática del poder que definirá las relaciones internacionales de las próximas décadas.

REFERENCIAS

Allison, G. (2017). Destined for war: Can America and China escape Thucydides's trap? Houghton Mifflin Harcourt.

Blackwill, R. D., & Harris, J. M. (2016). War by other means: Geoeconomics and statecraft. Belknap Press of Harvard University Press.

Buzan, B., Wæver, O., & De Wilde, J. (1998). Security: A new framework for analysis. Lynne Rienner Publishers.

CHIPS and Science Act of 2022, Pub. L. No. 117-167, 136 Stat. 1366 (2022). https://www.congress.gov/bill/117th-congress/house-bill/4346

Farrell, H., & Newman, A. L. (2019). Weaponized interdependence: How global economic networks shape state coercion. International Security, 44(1), 42–79. https://doi.org/10.1162/isec_a_00351

Gilpin, R. (1981). War and change in world politics. Cambridge University Press.

Keohane, R. O., & Nye, J. S. (1977). Power and interdependence: World politics in transition. Little, Brown.

Leonard, M. (2016). Connectivity wars: Why migration, finance and trade are the geo-economic battlegrounds of the future. European Council on Foreign Relations.

Luttwak, E. N. (1990). From geopolitics to geo-economics: Logic of conflict, grammar of commerce. The National Interest, 20, 17–23.

Mearsheimer, J. J. (2001). The tragedy of great power politics. W. W. Norton & Company.

Morse, J. C., & Keohane, R. O. (2014). Contested multilateralism. The Review of International Organizations, 9(4), 385–412. https://doi.org/10.1007/s11558-014-9188-2

Ruggie, J. G. (1992). Multilateralism: The anatomy of an institution. International Organization, 46(3), 561–598. https://doi.org/10.1017/S0020818300027831

Waltz, K. N. (1979). Theory of international politics. Addison-Wesley.